

LO QUE ME CUENTAN MIS FOTOS

Yasmina Esteve Centellas



*Lo que me cuentan
mis fotos*

Yasmina Esteve Centellas

Capítulo 1



Allí, sentada en aquella vieja mecedora blanca, Rosa contemplaba el atardecer. Siempre habían sido sus preferidos, aquellos atardeceres cálidos parecían incendiar el horizonte. En su tierra, desde pequeña había escuchado decir a los más mayores, que aquel gesto tan hermoso de la naturaleza, era aviso del viento cálido y seco de poniente para el día siguiente.

Ahora era ella quien en su vejez transmitía ese mensaje, y lo hacía a la niña de pelo castaño, que sentada en el suelo del porche, jugaba a dibujar aquél atardecer con sus lápices de colores. Los años habían pasado, y Rosa había pasado de ser la niña que correteaba en aquella casa, a ser la abuela. Verónica, de apenas seis años, la menor de sus tres nietos, siempre había tenido una conexión especial con su abuela. Y Rosa, a pesar de querer por igual a todos sus nietos, también había sentido una conexión especial con su nieta desde el primer momento en que la vió. Me atrevería incluso a decir, que desde grán parte del tiempo en que su hija María la había llevado en su vientre.

Las tres generaciones, abuela, hija y nieta, compartían en aquél momento el final del día, sentadas en el porche de aquella casa rodeada de campos de siembra y olivos.

Rosa sabía que no le quedarían muchos momentos de tanta belleza como aquél, en el que junto a su hija y su nieta, podía ver desaparecer entre las nubes de fuego aquél sol de poniente que la había cautivado desde niña.

Por ello, trataba de retener todo detalle, olor, color y sonido cuanto en aquél momento llegaba hasta su vieja mecedora blanca.

Capítulo 2

La Dama del Bosque



Habían pasado tantos años, que apenas reconocía aquél bosque.

La última vez que había estado allí era apenas una niña. Y ahora, cincuenta años después, aquel lugar donde antaño jugaba e imaginaba mágicas historias con sus amigas, se había tornado un verdadero escenario de cuento de hadas.

Capítulo 3

La Cima del Mundo



-¡Corre! ¡Date prisa y no te despistes! No debes desviarte de la línea de feromonas. ¡O te perderas!

- ¿Es verdad que vamos a llegar hasta lo más alto del mundo?

- ¡Pues claro! Eres una obrera, debes conocer todo el árbol.

Era la primera salida al mundo exterior de la pequeña hormiga, y tras comenzar el ascenso su maestra obrera le mostró los campos de coseña que rodeaban el gran manzano. Más tarde la obrera la llevó hasta las rama granja, donde pulgones y cochinillas eran pastoreadas y ordeñadas por otras hormigas granjeras, que después transportaban la melaza de vuelta al hormiguero.

Continuaron ascendiendo, ramas y ramas, hojas y hojas, el suelo ya no era visible. Tenían que atravesar duros territorios, en los que debían esconderse en las profundidades de los surcos creados por la corteza, para de esa forma esquivar los afilados picos de unas gigantescas

criaturas dotadas de alas para volar. Presa de las cuáles muchas hormigas morían cada estación.

Al fin llegaron a lo más alto, llegaron a la cima del mundo. Desde allí se podía ver el final de la tierra y no había nada más hacia arriba.

La pequeña hormigase sintió orgullosa, en su primera salida del hormiguero había llegado al final del mundo.

¿Y tú? ¿Ya has llegado al final de tu mundo?